



El discurso tecno del mundo: asunto del debate académico contemporáneo

Mauricio Vera Sánchez*

Una aproximación a lo que sucede hoy en el campo de la investigación, tanto aquella enfocada hacia objetos de estudio naturales, empíricos, sociales o culturales, pasa por entender el lugar que las tecnologías de la comunicación e información ocupa en los actuales modos de producir, circular y apropiarse el conocimiento en distintos contextos de orden público y privado.

Estamos, sin lugar a dudas, frente a un nuevo paradigma del quehacer científico centrado, más que en la producción de un conocimiento nuevo y revolucionario, en los modos de organización de la actividad científica. Es el escenario de aquello que desde distintas perspectivas teóricas y epistemológicas se ha acuñado como tecnociencia, cuyos actores principales son —como lo traza Javier Echevarría en su artículo “La revolución tecnocientífica”— la hibridación entre la ciencia y la tecnología y el cambio en las estructuras del hacer práctico de la actividad científica.¹

Es precisamente en esa hibridación ciencia-tecnología que señala Echevarría donde las tecnologías de la comunicación e información juegan un rol determinante en las formas de relación espacio temporal de científicos y centros de investigación que, ubicados en lugares geográficos distintos y distantes, pueden intercambiar en ambientes virtuales colaborativos datos, imágenes, gráficas, modelos digitales que se generan y circulan a velocidades inimaginables hasta hace algunos años. Relación que de la misma manera permea los usos y apropiaciones que la sociedad hace de los avances y resultados de la investigación, gracias a su disponibilidad casi inmediata a través de dispositivos tecnológicos, software especializados y redes.

Sin embargo, a este proceso de aceleración en la producción y apropiación social de la investigación le subyace una lógica igualmente de aceleración económica cuyo objetivo es, precisamente, hacer rentable el ejercicio investigativo a escala global. Así, es el capital y su reproducción acelerada —facilitada por las tecnologías de la información y la comunicación— lo que caracteriza buena parte de los modos de organización de la actividad científica contemporánea, estableciendo dos niveles claramente diferenciados: el ejecutivo, donde se orientan las decisiones de orden económico, los montos de inversión y los márgenes de rentabilidad; y el de investigación propiamente dicho, donde se genera el conocimiento en función de los objetivos financieros.

Tal como sucedió a partir de comienzos del siglo XX en el campo de la cultura —y se prolonga hasta la actualidad—, o más exactamente con sus procesos de industrialización generados a través de los medios masivos de comunicación como el cine, la radio, la televisión, y últimamente con la internet, los bienes y servicios culturales se diseñan y producen a partir de un cálculo de capital, es decir, con una funcionalidad al servicio de la rentabilidad económica y no tanto de la cultura.

Siguiendo esta línea, la cultura como industria —o como lo señalaría la Escuela de Frankfurt, industrias culturales— y la investigación como producciones capitalistas, tendrían en las tecnologías de la información y la comunicación un punto de inflexión que permite la instauración de la racionalidad económica y de la inversión privada en el centro mismo del conocimiento y la cultura. Como anota Ancízar Narváez, es precisamente el capitalismo informacional y comunicacional el que caracteriza esta última etapa del desarrollo de la producción capitalista.²

Asimismo, Manuel Castells lo había señalado en el ya clásico libro *La era de la información*: “la generación, el procesamiento y la transformación de la in-

formación se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en ese periodo histórico —el capitalismo—.”³ Se trata, complementa Narváez,

de una sociedad en la cual se ha codificado el saber teórico de manera que las máquinas pueden conservar y aplicar los saberes intelectuales que antes pertenecían a los sujetos [...] Pero la diferencia está sólo en el tipo de conocimiento que se codifica; es decir, que se apropia y convierte en capital.⁴

Y es que este pensamiento cuyo centro ontológico gravita en la premisa de conocimiento y poder ya lo había anunciado Francis Bacon en el siglo XVII con su contundente y demoledora afirmación *Knowledge is Power*. Para esa época —y para la actual también— el conocimiento y dominio de la naturaleza eran garantía de poder. Por tanto, la ciencia como instrumento al servicio de este conocimiento y dominio se presenta como la mejor de las herramientas del poder. Simbiosis de saber y poder que hasta hoy impone.

La tecnociencia sería, en este sentido, una reactualización del discurso positivista moderno de la ciencia newtoniana y cartesiana que se potencia no tanto a través de un cambio epistemológico en el método científico, sino de la incorporación de las tecnologías a la actividad científica como instrumentos garantes de la verdad positivista. El científico, el método y el laboratorio se transforman en directores ejecutivos de investigación, inversionistas, capital, centros de investigación y tecnologías. Sin embargo, siguiendo a Echevarría, lo que hoy se nos presenta no es una revolución científica como la sucedida estrictamente en el siglo XVII —a la cual Bacon se refería en su *Knowledge is Power*— donde era un conocimiento radicalmente nuevo el que aparecía, sino un cambio que afecta sólo las formas de organizar y estructurar la actividad científica y no, precisamente, la generación de un tipo de conocimiento que dé respuestas nuevas al sentido de la vida. Desde esta perspectiva, no estaríamos pues frente a un nuevo acontecimiento cognitivo de alcance estructural.

Los valores epistémicos propios del positivismo, fundamentados en lo nomotético como la precisión, el rigor, la coherencia, la generalidad, la veracidad, la contrastación, la verificación, en resumen, la ley, se amplían hacia valores técnicos o tecnológicos como los de utilidad, eficiencia, facilidad de uso, conectividad, rentabilidad, convergencia, multimedialidad, interactividad, conformándose una suerte de poliedro axiológico del cual no escapan tanto la investigación como la cultura.

Así, investigación y cultura, en momentos históricos distintos, sufren cambios radicales en sus estructuras y en sus modos de organización jerárquica: ya no es el artista, por ejemplo, el que define los valores simbólicos y económicos de su obra, sino el mercado internacional del arte compuesto de galerías, bienales, mercaderes, coleccionistas, curadores y compradores el que los estima; ya no es el investigador quien determina los alcances de su investigación, su finalidad social y su altruismo, es el sistema de centros de investigación, inversionistas



Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe (detalle) / Puebla

privados; multinacionales de las industrias farmacéutica, militar, biotecnológica, nanotecnológica, o de las empresas globales del entretenimiento, los video juegos o el software informático las que imponen la lógica y los fines con los cuales se investiga.

En la contemporaneidad, la investigación, al igual que la cultura, tendrían en la tecnología de la información y la comunicación uno de sus ejes conceptuales. El reto está en entender cómo la información, el conocimiento y la cultura convertidos en impulsos eléctricos que se transforman en imágenes, sonidos y datos que habitan la cotidianeidad de la vida social, marcando y reforzando centralidades en las maneras de ver el mundo, instauran sentidos y cosmovisiones con pretensiones globales en contextos sociales, económicos, políticos y culturales específicos, haciendo del *bit* y del *pixel* el discurso tecno del mundo: la tecnociencia, la tecnocultura, la tecnocomunicación, la tecnogastronomía, el tecnosexo.

Junto a este reto —que no es menor— salta la pregunta por la manera en que las ciencias sociales y las humanidades se acoplan a este nuevo orden de la investigación y la cultura que no necesariamente reconoce fronteras geopolíticas y que se impone con fuerza creciente a escala mundial. Si bien es cierto, como lo anotaba hace algunos años Leroi Gourhan al referirse a la técnica como un factor intrínseco a la condición humana, que el establecimiento de mejores condiciones de vida, salubridad y bienestar, entre otros, está atado a la evolución de las tecnologías, es igualmente evidente que muchos de los actuales procesos de desarrollo tecnológico e innovación agudizan la brecha que separa a las sociedades que tienen acceso a estos, y aquellas que no lo logran por diversos factores, especialmente los de orden económico y cultural. Asimismo, es innegable que parte de estos desarrollos tecnológicos están exclusivamente al servicio de capitales internacionales de grandes multinacionales que ven, tanto en la investigación como en la cultura, un recurso de explotación económica y no una oportunidad para generar procesos de transformación más equitativos e incluyentes.

El debate académico sobre los conceptos de tecnociencia y tecnocultura, sobre los impactos que en el campo teórico y en la realidad cotidiana de las sociedades tienen, es sin lugar a dudas una responsabilidad ineludible de científicos, centros de investigación, ejecutivos, teóricos, creadores y artistas, de tal suerte que se puedan trazar rutas de futuro que tengan como finalidad no sólo la sostenibilidad económica, ambiental, política de los procesos culturales y de investigación, sino el hacer de la cultura y la investigación escenarios al servicio de la equidad, la democracia y de la vida.

*Decano Facultad Diseño, Comunicación y Bellas Artes. Fundación Universitaria del Área Andina, Seccional Pereira, Colombia.

¹ Javier Echevarría, "La revolución tecnocientífica". Conferencia dictada en el Instituto Tecnológico de Monterrey, México, 2004.

² Ancízar Narvárez Montoya, "Industria cultural, empleo y región". *Escribanía*, 4 (2001). Universidad de Manizales, Manizales.

³ Siglo XXI, México, 1996 [col. La sociedad red, 1].

⁴ Narvárez Montoya, art. cit.

Fecha de recepción: 2013-06-13

Fecha de aceptación: 2014-06-17